



Homenaje

Autor:
Felitti, Karina

Revista
Mora

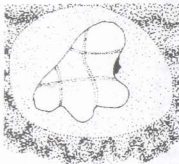
2000, N° 6, pp. 56-58



Artículo



homenaje



Los siguientes discursos fueron pronunciados durante el Homenaje por el fallecimiento de nuestra compañera Marcela Nari, ocurrido el 22 de abril del 2000. El acto que convocó a un público muy numeroso tuvo varios oradores-as (autoridades de la Facultad, compañeros de la cátedra de Historia Social, amigas personales, compañeras de grupos de investigación y trabajo, representantes de la lista de graduados, estudiantes); además se leyeron muchas cartas de apoyo del interior del país. Resulta imposible reproducir todos ellos. Se han elegido las palabras de las autoridades de los espacios institucionales donde Marcela tenía una participación activa y las de los-as estudiantes, ya que pensamos que un traspaso generacional auténtico es el verdadero resorte de la práctica docente y de la política feminista.

Estos días escuché una cantidad de atributos que nombraban a Marcela: generosa, solidaria, íntegra, leal, irreprochable. Todos ellos indudablemente le cabían. Hoy quiero recuperar otra imagen: su levedad. Pero no se me malentienda, no me refiero a esa marca posmoderna cuyo fluir elude toda afirmación. Por el contrario, quiero recordar la silenciosa entrada de un cuerpo delgado que llegaba desdeñando toda estridencia, la suavidad de una voz que no sabía de gritos. En esta levedad, en su constante sutileza, en su graciosa y elocuente discreción se alojaban la firmeza de las palabras de Marcela, la convicción de sus actitudes, la reiteración de un estilo que eran los signos sobresalientes de su inteligencia y su voluntad.

Voluntad de pensarse y actuar como mujer, como intelectual, como feminista. Marcela estuvo desde la primera reunión de formación de nuestro Instituto, allá por el año 1992, cuando, mientras dábamos nuestros primeros pasos para lograr una identidad institucional, nos llamamos Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer. Participó y, no tengo ninguna duda en afirmar que lo hizo como uno de sus miembros más activos, en cada una de las instancias de desarrollo y crecimiento de este espacio que sé y, sabemos todas sus compañeras, pensaba como absolutamente propio. Su voluntad y su compromiso jamás declinaron ante los proyectos que llevamos a cabo en estos

años. Intervino siempre, aportando ideas, trabajo, creatividad, imaginación. La ponía realmente contenta cuando todos estos esfuerzos se traducían en verdaderos avances y logros.

En estos días cuando su muerte nos trastocó toda certeza surgieron los recuerdos, las pocas fotos que nos quedan y estos cálculos sobre el tiempo que antes pasábamos por alto. Al comprender que Marcela tenía solo 34 años me di cuenta que cuando nos conocimos tenía 26. Y el significado que encierran estos números conmueven, sublevan e irritan profundamente. Sobre todo cuando pienso que ellos estuvieron habitados por una constante y valiosa producción intelectual que nunca se adaptó a los criterios puramente cuantitativos que miden hoy en día la labor académica. Por el contrario, Marcela tenía en su haber los primeros trabajos de reconstrucción histórica de la participación de las mujeres en los '60, artículos sobre las revistas feministas de los '70, ensayos sobre la recepción de Simone de Beauvoir en la Argentina, trabajos sobre eugenesia, sobre problemas teóricos acerca de la perspectiva de género, sobre mujeres en las cárceles, sobre maternidad. Este iba a ser su gran aporte, un estudio sobre la maternidad entre 1880-1930. Esta investigación, su tesis, estaba a punto de ser concluida y me gustaría que parte de este homenaje consistiera en la posibilidad de establecer un

compromiso para que sea publicada.

La firme levedad de Marcela estaba desde hacía siete meses embellecida. Si convivió durante varios años tratando de investigar sobre el sentido y el control social de los cuerpos de las madres hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, los últimos meses y días que le tocaron vivir la habrán descubierto poniéndole palabras, preguntas y nombres a su propia maternidad. Así esta muerte fue por partida doble. Mató a Marcela y a sus sueños.

Con Marcela se fue, sin duda, una de las mejores. Por eso el dolor y la rabia se agrandan. Si el proceso de la maternidad implica un período largo cuyo ritmo simbólico se va paulatino según los puntos de encuentro y separación del niño con la madre, su muerte canceló la posibilidad de ese recorrido. El tiempo saltó drásticamente, definitiva y trágicamente y otra fecha contará a partir de ahora en el calendario. Decididamente se instala para nosotras, sus compañeras, otro tiempo. Habrá un antes y un después de Marcela. No conocemos cuáles serán las palabras, los discursos y las acciones que podremos construir sin ella, porque ahora solo hay una imagen: la de una muerte embarazada que desde hace una semana nos duele sin parar. Frente a ella solo puedo vislumbrar que todo aquello que podamos generar desde nuestro Instituto tendrá, como hasta ahora, la marca de lo grupal y de lo colectivo

que eran, por otra parte, los tipos de sujetos con los que a ella le gustaba soñar y los tipos de acciones que le gustaba emprender.

Marcela Nari dijo en la presentación de la revista TRAVESIAS que compartimos en diciembre de 1996,

refiriéndose a la necesidad de escribir una historia feminista del feminismo argentino: *Borrar las huellas no debe ser nuestra política.* La frase dice de manera contundente y no leve ni ligera la fuerza de su convicción y de su compromiso. Hoy sabemos que

en esta historia por construir y transitar un espacio quedará vacío. Pero también sabemos que en ella Marcela dejó mucho más que una huella.

Nora Domínguez
Coordinadora, IIEGE



La muerte de Marcela Nari significó una pérdida importante para el departamento de Historia. Había ingresado como ayudante a la Cátedra de Historia Social y acababa de participar en un concurso de profesora adjunta cuyo resultado no conocerá. Sin embargo, muchas son las huellas de su paso como docente y allí están los testimonios de sus alumnos.

En un plano más estrictamente personal, conocí a Marcela cuando corría el año 1992 y estaba interesada en realizar una investigación sobre maternidad y trabajo. Bajo mi orientación obtuvo una beca de perfeccionamiento de la Universidad de Buenos Aires. Desde entonces seguí sus inquietudes intelectuales, sus intereses políticos y sus investigaciones que se empeñaban en denunciar, atacar y desmontar las palabras, los gestos y los actos que habían llevado a la sumisión de las mujeres. Transformar las palabras de la sumisión en otras de derechos fue convirtiéndose lentamente en su voz y en su identidad y se tradujo en cada uno de los pasos que dio como docente e investigadora.

Durante estos años conocí, creo que bastante bien, los temas que investigó, los artículos que escribió y muchas de las cuestiones que la preocupaban. Y aunque podría contarles algunos de los detalles de esa parte de su historia no es ésa la Marcela que la fatalidad de su muerte ha fijado en mi memoria.

La Marcela que recuerdo era una persona que amaba a un hom-

bre y que hoy podría decirle tomando la voz de otra mujer, Alfonsina Storni:

*Hombre, yo quiero que mi mal comprendas,
Hombre, yo quiero que me des dulzura,
Hombre, yo marcho por tus mismas sendas,
Hijo de madre: entiende mi locura...*

La Marcela que recuerdo era la que sentía un amor entrañable por sus hermanas:

*Mi hermana está tejiendo como un hábil gusano
Su capullo de seda: su capullo es un sueño,
Ella con hilo de oro teje el copo sedoso
Primavera es su vida. Yo ya soy el verano.*

La Marcela que recuerdo era la que sentía un gran amor por sus padres, por su abuela. La que disfrutaba recordando las vacaciones en el mar:

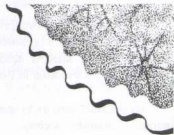
*Escamas de sirenas de nácar
Envuelven las serpientes
Espejeantes del mar*

La Marcela que más recuerdo era la que vivía en el mundo contradictorio de las mujeres. La que pudo escribir recordando su infancia y a su madre:

La relación entre femineidad y maternidad es aún un debate abierto que genera, indudablemente, sufrimiento, malestar, desazón, desconcierto. He intentado comprenderla desde los lugares que conozco, como investigadora social y como mujer, destinada a repetir un ideal (el maternal) que desde siempre me resultó sospechoso. De niña no lograba entender cómo mi madre disfrutaba—aparentemente—criándonos, cuidándonos y dándonos tanto de su tiempo... especialmente, porque a mí me parece imposible poder (y desear) ser como ella.

Esta es la Marcela que recuerdo, ella se fue de nuestro lado.

Mirta Zaida Lobato
Directora del Departamento
de Historia



Esto no pretende ser un discurso. Se trata más bien de un conjunto de imágenes que queremos compartir.

Nuestra relación con Marcela nunca trascendió la instancia institucional de las reuniones del Seminario de Historia del Feminismo. Tampoco establecimos con ella un vínculo personal por fuera de ese espacio. Sin embargo, su impulso y su compromiso generaban "un algo más" que nos resulta difícil traducir en palabras, un descubrir que el marco tradicional de una clase se podría transformar en un encuentro de otro tipo.

Su formación, sus conocimientos, su experiencia académica no fueron obstáculo para que junto a ella lográramos construir un ámbito de relaciones horizontales en el que la reflexión y el pensamiento colectivo fueran posibles.

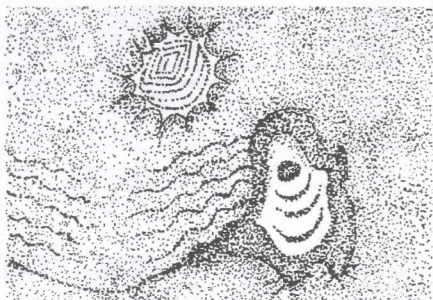
Sus aportes, sus comentarios, sus críticas siempre partieron desde la humildad y generosidad intelectual.

Después del seminario no somos las mismas ni los mismos; desde lo teórico a lo cotidiano, transformó y enriqueció nuestras perspectivas, disparándonos interrogantes y problemas.

Recordarlo nos afirma profundamente que teoría y práctica no están disociadas. Marcela desde su praxis política y feminista lo demostró.

En realidad, esto es lo que hubiéramos querido decirte...

Cecilia, Victoria, Laura,
Mariano, Paula, Cecilia, Alicia,
Fernanda, Laura y Daniel.
Estudiantes



Me resulta muy difícil poder decir lo que vivo en estos momentos, ya que no hay palabras que puedan expresar el amor y la admiración que siento por Marcela. Lo que me ayuda es saber que al lado de su dolorosa ausencia, están también todos nuestros recuerdos, sus consejos y sus enseñanzas, que ocupan un lugar enorme en mi corazón y quedarán allí por siempre.

Después de cursar el primer seminario que dictó en 1997, mi manera de pensar y sentir la vida cambió radicalmente. Conocerla fue descubrir que el feminismo no era una mala palabra sino una práctica que me ayudaba a conocerme y a relacionarme mejor con las personas y con mi carrera. A través de ella era más fácil entender las ideas, su forma de actuar traducía coherentemente todo lo que pensaba. Su lucha por la igualdad no eran sólo palabras, por eso no había edad, ni rol, ni jerarquía que pudiera establecer una distancia.

A partir de ese momento fuimos haciéndonos amigas. Nuestras charlas oscilaban siempre entre lo personal y lo académico, era mi amiga pero también era mi maestra. Así fue como me ayudó a encontrar un trabajo, a definir un tema de tesis relevante, me impulsó a escribir, a participar del Instituto, de las Jornadas de Historia de las Mujeres. Me enseñó que lo único que valía era comprometerse, que sólo así tenía sentido una carrera y que sólo así tenía sentido la vida, que más importante que cualquier reconocimiento de los demás era estar segura de haber hecho las cosas bien.

Lo único y lo mejor que puedo hacer ahora es dedicar todas mis fuerzas a seguir su ejemplo de mujer, de historiadora, de feminista, pero sobre todo de persona leal, generosa, comprometida y trascendente.

Karina Felitti
Estudiante